

amigo mío, anciano socarrón y pica-ruelo, que los días laborables en las horas «de punta», cuando se va o se regresa del trabajo en las fábricas, no deja pasar una moza sin su correspondiente requiebro... ¡Y lo merecen las hermosas nietas de las abuelas que el amó tanto!

Es simpática mi calle, pero ya no es lo que era. Recuerdo aquellas fiestas de antaño, aquellas fiestas cuyo *alma*

mater era Camacho, ¿lo recordáis...? a quien, no puede menos, Dios tendrá allá arriba como encargado de organizar los festejos celestiales. ¡Nadie lo hará mejor!

Ahora le tenemos a Zorrotz, voluntarioso pero solo. Si no fuera por él, ¡adiós celebración de la Octava del Corpus!

Pero, me voy a callar... Allá viene la Corporación Municipal con el Ca-

bildo Parroquial, los makildantzaris, txistularis y banda de música que vienen a recoger a la Santa. No quiero caer en el cogote de algún fiel acompañante. Estaría muy mal que soltase un taco cuando le recorriese la espina dorsal con mi frescura. Así que.. me callo. Además, ya se está burlando de mí ese antipático sol que no quiere dejarme gozar de este día tan señalado... Adiós, adiós... hasta el próximo chaparrón...

ALBERTO ECEIZA MICHEL

Al borde de la acera

Hay pueblos que son conocidos por diversos motivos. Gestas, batallas, reyes u hombres importantes, los han hecho famosos. Hasta Calatayud tuvo su Dolores.

Otros muchos, muchísimos, no pueden vanagloriarse de esto. Rentería es uno de ellos. No ha llegado todavía a la Historia, de no ser esta excesivamente minuciosa.

Pero, sin embargo, no es para desesperarse. Como ya se verá no tenemos por qué hacer los renterianos barbaridades para ser conocidos.

Siempre pensé de pequeño, creo que con cierta lógica infantil, que Rentería era el centro alrededor del cual giraban San Sebastián y hasta Madrid, igualito a como Ptolomeo creía en ciertas órbitas. París, Francia —entonces confundía yo las cosas, pues solo sabía nombres—, y demás, pertenecían a otro círculo más pequeño que el centrado por Rentería.

Con el tiempo crecimos mis conocimientos y yo, y con nuestro desarrollo, empequeñeció el pueblo. Entonces me fui dando cuenta de que la órbita de Rentería era diminuta y se confundía a lo lejos.

Cuando más tarde salí de casa y navegué por otras aguas, naturalmente, establecí contacto con nuevas gentes, y estas me preguntaban de dónde era. Yo, todavía ingenuo y pensando en la velada elíptica de mi pueblo, solía decir que había nacido en San Sebastián.

Si no llegaba a tomar más confianza con el interesado por el «choko» que oyó mis primeros berridos, así quedaban las cosas y pasaba por ser de Donosty, para la que siempre había algún cumplido.

Pero si con mi interlocutor llegaba a tener más amistad, le decía: «Bueno..., de San Sebastián precisamente no soy, sino de un pueblo de al lado, de Rentería —y añadía apresuradamente—, pero están muy cerca y, además, hay trolebuses, trenes y tranvías continuamente.» Con esto pretendía restar importancia a mi primera respuesta.

Precisamente entonces, al decir que había nacido en Rentería, fue cuando entré en sospechas de que nuestro pue-

blo no era tan desconocido como se cree a primera vista.

Me di cuenta de que con cierta frecuencia, los que me lo preguntaban, no todos ellos, pero sí bastantes, ponían una cara como diciendo: «¡Hombre, qué casualidad!». Yo, al principio, me extrañaba de la cultura geográfica de los otros, pero al preguntarles la razón de su conocimiento, fue cuando quedé sorprendido.

Y aquí es donde está lo bueno, precisamente. Tres eran los principales motivos de su saber.

El primero de ellos es el más universal que tenemos, exportamos e ingerimos los renterianos, las «María Olibet». Sí, señor; de todos los que conocían nuestro pueblo, aunque parezca raro, la mayoría de ellos era por motivo de haber degustado la acreditada galleta, y la cosa no es de extrañar, pues ya se sabe aquello de «Rentería, cuna...».

Para darse mejor cuenta de los otros dos motivos —que cuando no famosos, nos hacían, al menos, sí conocidos a los renterianos—, hay que tener en cuenta por dónde transcurrían entonces mis singladuras. Era por la llorosa, triste y nunca bien ponderada Galicia, como la cantara la no menos triste y melancólica Rosalía; de ahí que se confundiera, precisamente, con su tierra.

Pues bien, el segundo motivo fue otro inesperado, al menos para mí. Rentería no había pasado al olvido de muchos por culpa de cierto restaurante de emplazamiento semiveneciano. Si antes fueron galletas, ahora eran ciertas patatas... Parecerá raro, pero así es. Algunos gallegos —que comen también lo suyo—, habían pasado por aquí, y al verse envueltos en las sabrosas tufaradas de su cocina, se quedaron a probarla, demostrando poseer buen juicio y mejor paladar. Así quedó grabada en ellos la impronta de nuestro pueblo.

Los que alegaban el tercer motivo eran ya más escasos, pero no tanto como pueda parecer. Había sucedido que al pasar por aquí, por carretera, camino de la frontera, lo hicieron en tarde de domingo.

Nosotros no nos damos cuenta de la algarabía que armamos un domingo cualquiera y del jaleo que satura el ambiente. Cualquiera forastero que pase por la Alameda en día de baile queda asombrado, y más si es gallego, por estar hecho a otra clase de alegría no tan escandalosa y explosiva como la nuestra, sino más íntima y arreman-sada. De ahí el que nos parezcan tristes.

Como digo, todos los que al pasar coincidieron con un baile, habían arri-mado el coche al bordillo de la acera, y ya fuera por estirar un tanto las piernas o por nuestra alegría contagiosa, el caso es que consumieron un buen rato contemplando el inusitado espectáculo. Y, cosa curiosa, todos me decían: «Debíais estar en fiestas. ¡Qué fiestas tenéis!». Y la mayoría de ellos se equivocaban, pues eran simples domingos.

Éstos son los motivos principales por los que nos conocen, al menos por tierras celtas, las personas con quienes me he encontrado. Es natural el que entre ellos no incluya los de índole personal.

De todo esto creo que se saca, como consecuencia fácil, la de que se nos conoce más que nada por hechos de orden culinario o por la alegría que derrochamos. La verdad es que no son malas cartas credenciales ambas cosas.

Al ver que se nos conocía más de lo esperado, decidí en adelante no ocultar el verdadero nombre de mi pueblo; y ahora lo nombro hasta casi con arrogancia.

Además, esto me sirve para clasificar en cierto modo al recién presentado, pues si recuerda a nuestro pueblo es señal de que sabe cuidar su estómago, o demuestra ser sensible al jolgorio, porque hay algunos que no llegan ni a eso.

Todo esto puede servirnos como motivo de consuelo, compensando el que en nuestro suelo no se haya celebrado ninguna matanza importante, ni sentara sus reales cualquier Dolores, al menos como la que se canta en coplas.

Y de unos días a esta parte cabe, además, a todo renteriano, el gozo de pensar que en adelante perviviremos en la memoria de los que nos sigan, por los recientes y sugestivos nombres que se han dado a las nuevas calles abiertas en el polígono de Iztieta...

J. DE ABAROAS